

Domingo 28: Lo Que Es la Cena del Señor

Preguntas y Respuestas 75-77

Lectura: Mateo 26:17-30

Salterios:

Primero: 88:1,3

Segundo: 65:1,4

Tercero: 227:1-3

Cuarto: 53:4,5

Último: 32:4

Querida congregación,

En Mateo 26 oímos acerca de la institución de la Cena del Señor. El Señor Jesús instituyó este sacramento en la noche en que fue entregado. Era una noche difícil para los discípulos, y aún más para el Señor Jesús. Aun así, tomó pan y lo bendijo. Luego lo partió y lo dio a Sus discípulos, diciendo: *“Tomad, comed; esto es mi cuerpo”* (Mateo 26:26), que por vosotros es partido”. Después de eso, tomó la copa y dio gracias a Su Padre. Cuando la pasó a los discípulos, les dijo: *“Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos para remisión de los pecados”* (versículos 27-28). En la oscuridad más profunda, Jesús reveló el amor más grande —un amor que permanece siendo el mismo hasta hoy. Ese amor es por personas que son dignas de ser desterradas de la presencia de Dios, que merecen tener hambre y sed para siempre debido a sus pecados.

¿Hay tales personas aquí? Esperen entonces en el Señor. El poeta dijo: *“Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos; escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios que habitar en las moradas de maldad”* (Salmo 84:10). Hay más gozo en esperar en el Señor que en visitar las moradas de maldad y gozar de todos los placeres del mundo. El Señor es un Dios sorprendente. Él traerá a esos forasteros a Su casa y los alegrará con Sus obras, de modo que no podrán sino clamar: *“¡Un solo día pasado en tus atrios es mejor que mil fuera de ellos!”*. Él revelará las maravillas de Su salvación y los guiará en los delicados pastos de Su Palabra; Él ha preparado una mesa para ellos en presencia de sus angustiadores (Salmo 23). Esto lo podemos ver claramente en la historia de Mateo 26.

Escucharemos acerca de esa mesa en el Domingo 28 de nuestro Catecismo de Heidelberg. Que el Espíritu de Dios nos guíe al considerar lo que nuestro Catecismo tiene que decirnos acerca de la Santa Cena de nuestro Señor Jesucristo.

Pregunta 75: ¿Cómo te asegura y confirma la Santa Cena que eres hecho participante de aquel único sacrificio de Cristo, ofrecido en la cruz, y de todos sus bienes?

Respuesta: Porque Cristo ha mandado, y también a todos los fieles, comer de este pan partido y beber de esta copa en memoria suya, añadiendo esta promesa: Primero, que Su cuerpo ha sido ofrecido y sacrificado por mí en la cruz, y Su sangre derramada por mis pecados, tan cierto como que veo con mis ojos que el pan del Señor es partido para mí y que me es ofrecida la copa. Y segundo, que Él tan cierto alimenta mi alma para la vida eterna con Su cuerpo crucificado y con Su sangre derramada, como yo recibo con la boca corporal de la mano del ministro el pan y el vino, símbolos del cuerpo y de la sangre del Señor.

Pregunta 76: ¿Qué significa comer el cuerpo sacrificado de Cristo y beber su sangre derramada?

Respuesta: Significa no sólo abrazar con firme confianza del alma toda la pasión y muerte de Cristo, y por este medio alcanzar la remisión de pecados y la vida eterna, sino unirse más y más a Su santísimo cuerpo por el Espíritu Santo, el cual habita juntamente en Cristo y en nosotros de tal manera que, aunque Él esté en el cielo y nosotros en la tierra, todavía somos carne de Su carne y hueso de Sus huesos, y que, de un mismo espíritu, (como todos los miembros del cuerpo por una sola alma) somos vivificados y gobernados para siempre.

Pregunta 77: ¿Dónde prometió Cristo que tan ciertamente dará a los creyentes en comida y en bebida Su cuerpo y sangre, como comen de este pan roto y beben de este vaso?

Respuesta: En la institución de la cena, cuyas palabras fueron: *“Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Porque todas las veces que comiereis este pan y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga”* (1 Corintios 11:23-26).

Pablo repite esta promesa cuando dice: *“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque nosotros, siendo muchos, somos un solo pan, un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan”* (1 Corintios 10:16-17).

Congregación, encontramos aquí:

Lo Que Es la Cena del Señor

1. Un tiempo para recordar
2. Un tiempo para abrazar
3. Un tiempo para tener comunión

Repito: lo que es la Cena del Señor. Aunque el Domingo 28 es algo extenso, podemos resumirlo con estos tres puntos. En primer lugar, es un tiempo para recordar. Dice en la respuesta a la Pregunta 75 que “Cristo ha mandado, y también a todos los fieles, comer de este pan partido y beber de esta copa *en memoria suya*”. Es un tiempo para recordar. En segundo lugar, la Cena del Señor es un tiempo para abrazar. Esa palabra se utiliza en la respuesta a la Pregunta 76. Comer Su cuerpo crucificado y tomar la sangre derramada de Cristo “significa no sólo *abrazar* con firme confianza del alma toda la pasión y muerte de Cristo, y por este medio alcanzar la remisión de pecados y la vida eterna”. Eso remite a la parte intermedia de la pregunta anterior, donde dice: “que Su cuerpo ha sido ofrecido y sacrificado por mí en la cruz, y Su sangre derramada por mis pecados, tan cierto como que veo con mis ojos que el pan del Señor es partido para mí y que me es ofrecida la copa”. Así que hay algo que uno abraza por fe. Finalmente, la Cena del Señor es también un tiempo para tener comunión. Fíjense en la segunda parte de la respuesta a la Pregunta 76: “sino unirse más y más a Su santísimo cuerpo por el Espíritu Santo, el cual habita juntamente en Cristo y en nosotros de tal manera que, aunque Él esté en el cielo y nosotros en la tierra, todavía somos carne de Su carne y hueso de Sus huesos, y que, de un mismo espíritu, (como todos los miembros del cuerpo por una sola alma) somos vivificados y gobernados para siempre”. Se experimentan una maravillosa unidad y una tierna comunión en esa mesa. En resumen, la Cena del Señor es también un tiempo para tener comunión.

Primer pensamiento. Un tiempo para recordar.

Congregación, al comparar el Domingo 28, que trata acerca de la Cena del Señor, con el Domingo 26, que trata acerca del bautismo, notamos una *similitud* entre estos dos Domingos; una similitud no solo en cuanto al contenido, sino incluso en la manera en que se formulan las preguntas. El Domingo 26 pregunta: “¿Por qué el Santo Bautismo te asegura y recuerda que eres participante de aquel único sacrificio de Cristo, hecho en la cruz?” (Pregunta 69). El Domingo 28 dice: “¿Cómo te asegura y confirma la Santa Cena que eres hecho participante de aquel único sacrificio de Cristo, ofrecido en la cruz, y de todos sus bienes?”

Hay una similitud. Esto no debería sorprendernos, dado que en ambos casos estamos considerando los sacramentos: el Santo Bautismo y la Santa Cena. Los sacramentos son señales y sellos del pacto de gracia que el Señor ha establecido con Su pueblo. Son testimonios visibles del amargo, y sin embargo glorioso, sufrimiento del Señor Jesucristo. Son medios por los cuales el Señor trae descanso y paz al corazón de un pecador quebrantado; por lo tanto, hay una similitud entre estos dos sacramentos y en la forma en que el instructor habla de ellos en el Catecismo.

Hay también una *distinción* entre el Santo Bautismo y la Santa Cena. El Santo Bautismo es el sacramento de la nueva vida que el Señor obra en el corazón de un pecador muerto, mientras

que la Cena del Señor es el sacramento de la vida espiritual que ha ya sido dada, pero que aún debe ser mantenida, nutrida y fortalecida por el Señor. Allí tienen la distinción. El Bautismo dice a todo pecador inconverso: “Debes nacer de nuevo; debes ser purificado de tu inmundicia para poder entrar al reino de Dios y convertirte en un miembro de la familia de Dios aquí en la tierra”. La Cena del Señor, en cambio, dice a los hijos de Dios: “También deben ser nutridos. Deben ser apoyados en la batalla de esta vida”.

En otras palabras, el bautismo es un sacramento que demuestra que las personas reciben un lugar en la iglesia de Dios, mostrando que extraños, hijos de Satanás por naturaleza, son adoptados como hijos e hijas del Dios viviente. Eso es lo que se puede ver en el bautismo. El bautismo es el sacramento de incorporación en la familia de Dios, mientras que la Cena del Señor es un sacramento que demuestra que esos mismos hijos deben crecer en el conocimiento y la gracia del Señor Jesucristo. Esos niños recién nacidos deben ser preservados, nutridos y guardados día tras día. Si tal niño espiritual fuera dejado a su propia cuenta, pronto moriría. Ese niño no puede mantener viva su alma, dado que debe luchar contra tantos enemigos, tanto por fuera como por dentro. Ese niño indefenso es a menudo atormentado por las asechanzas del diablo y los dardos de la incredulidad. Debe ser protegido y fortalecido en su debilidad. ¿Lo hará el Señor? Sí, lo hará. La Cena del Señor demuestra claramente que el Señor no abandona a Sus hijos, dejándolos a su propia cuenta. Como un buen Padre, Él los congrega para alimentarlos y para regocijar sus corazones.

Qué bendición, congregación, que Dios ha dado más que un solo sacramento. El Señor no solo ha instituido un sacramento que habla del nacimiento de un niño espiritual, sino también un sacramento que habla del crecimiento y la preservación de ese mismo niño. Satanás no logrará derrotar al pueblo de Dios. Las puertas del infierno no prevalecerán contra la iglesia. Aunque el diablo hace su mejor esfuerzo por debilitar a los hijos de Dios y enredarlos en las redes de la incredulidad, en la Santa Cena el Señor dice: “Yo velo por ustedes, mis hijos amados, y los guiaré en los delicados pastos para hacerles cantar: *‘Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; tú sustentas mi suerte’*” (Salmo 16:5).

Quizá usted se pregunte: “¿Acaso el Señor hace todo esto solamente cuando se administra la Cena del Señor?” ¡No, ciertamente no! Si ese fuera el caso, entonces solo en unos pocos domingos al año el pueblo de Dios sería vivificado. En ese caso, durante los demás domingos y el resto de la semana, su vida se debilitaría y marchitaría. Afortunadamente, no es así. Aun así, es cierto que la Cena del Señor es un tiempo especial, un momento muy especial, porque allí el Señor retrata lo que dice en Su Palabra, y allí, en particular, le agrada prometer y asegurar a Su pueblo que, a pesar de su infidelidad, Él permanece fiel y nunca los abandonará.

La Cena del Señor —ese es el nombre que utilizamos la mayoría de las veces. A veces hablamos de *la Santa Cena*. Es una cena *santa* porque el Señor mismo es santo y Él hace santo a Su pueblo.

No hay otra cena como la Santa Cena. Es una *cena* porque fue instituida en la noche de la pasión de Jesús. Aunque por lo general se administra por la mañana, la llamamos la *Cena* del Señor porque la cena era la comida más importante entre el pueblo de Israel. Al final de la tarde, la familia se reunía, llegaban invitados distinguidos y se servían manjares deliciosos. Así es también con la Cena del Señor. Allí se encuentran los hijos de Dios como invitados del Rey, aunque en sí mismos sean mendigos y no tengan nada que los recomiende ni ante Dios ni ante los hombres. Son un pueblo afligido y pobre, a quienes el Señor recoge para Sí mismo; sin embargo, son príncipes y princesas porque el Señor ha hecho una distinción donde no existía ninguna. Él les da la gracia y la gloria. Los trae a la mesa del Rey, donde reciben gozo y fuerza para su alma.

Hay otras designaciones más para la Cena del Señor. Por ejemplo, podemos hablar de “La Mesa del Señor”. Esta expresión, que se encuentra en 1 Corintios 10, indica que el Señor ha preparado una mesa y que Él es el anfitrión de esa mesa. A veces, mayormente en el libro de Hechos, leemos acerca del “partimiento del pan” porque el pan es partido y compartido entre los comulgantes. Podemos hablar también de “La Mesa del Pacto” porque es en esa mesa que el Señor renueva Su pacto con Su pueblo. Hay otras expresiones más en uso, tales como “La Santa Comunión” y “La Misa”, pero esos términos los dejaremos para la próxima vez.

Si usted pregunta: “¿Cuáles son los elementos utilizados en la Cena del Señor?”, la respuesta es sencilla: son pan y vino —medios ordinarios en el tiempo de la Biblia para fortalecer, nutrir y alegrar. El Salmo 104 dice que el pan es sacado de la tierra (versículo 14). Es un don de lo alto y sale de la tierra. El salmista también dice que el vino alegra el corazón del hombre (versículo 15). Estos dos elementos son los medios por los cuales el Señor viene a alimentar a Sus hijos y fortalecerlos en medio de su contienda. Él alegra sus corazones con estas señales de Su amorosa presencia: el pan y el vino. En la Iglesia Católica Romana, solo se utiliza el pan, mientras que la copa es reservada para el sacerdote, contrario a lo que Jesús instruyó a Sus discípulos: “*Bebed de ella todos*” (Mateo 26:27).

Niños, esas palabras no significan que el pueblo de Dios deba tomar todo el contenido de la copa. “*Bebed de ella todos*” significa que todos los hijos de Dios deberían tomar de la copa —incluso el más vacilante, el más débil y el más afligido. Un Tomás incrédulo, así como un Pedro profundamente arrepentido, ambos son mandados a beber de ella. En la mesa del Señor, el pueblo de Dios conmemora la amarga muerte de Jesucristo en la cruz. El Señor dice: “*Haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí*” (1 Corintios 11:25).

De esta forma, nuestro Catecismo responde a la pregunta de cómo la Cena del Señor asegura al pueblo de Dios su participación en Cristo: “Porque Cristo ha mandado, y también a todos los fieles, comer de este pan partido y beber de esta copa en memoria suya”. Eso es lo principal: “en memoria suya”. La primera razón para celebrar la Cena del Señor no es que *nosotros* tengamos un buen sentimiento, querido pueblo de Dios, ni que vayamos regocijándonos por nuestro

camino. Su consuelo no es el corazón de todo; ni siquiera su salvación es el propósito principal, sino que la gloria del Señor lo es. Él desea ser magnificado; Él quiere que ustedes coman y beban en memoria de Él —no en memoria de ustedes, sino en memoria de Aquel que amó tanto a Su pueblo.

Recordar este amor en Su mesa es un mandato del Rey. Es uno de los últimos dichos que el Esposo pronunció a Su novia aquí en la tierra antes de entregar Su vida por ella. Tales últimas palabras son muy preciosas, ¿no es así? Cuando un padre está a punto de fallecer, reúne a sus hijos alrededor de su lecho para decirles unas últimas palabras. Ellos escuchan atentamente porque no quieren perderse nada de lo que dice. Podría decir, por ejemplo: “Cuiden bien de su madre, obedézcanla, sean buenos con ella y ayúdenla. Permanezcan unidos en los pasos de aquellos que nos han precedido. Más que todo, anden en los caminos del Señor”. Tales últimas palabras conmovieron el corazón, si está bien dispuesto. Son queridas y preciosas. ¿Qué dijo el Rey de la iglesia a Sus hijos, Sus discípulos, al tenerlos reunidos alrededor de Él en la noche en que fue entregado? “Haced esto en memoria de mí”. No fue una petición. No dijo: “Si les place, deberían hacerlo”, ni: “Si sienten necesidad, pueden hacerlo”. No, la palabra de Cristo en el aposento alto fue un mandamiento de amor. El pueblo de Dios solo puede descuidar este mandamiento en su propio perjuicio y daño.

¿Se da este mandamiento a todos sin excepción? ¿Se aplica a toda la congregación? No, la Biblia habla de manera diferente acerca de ello, al igual que nuestro Catecismo. ¿Qué dice la respuesta? “Cristo ha mandado [a mí], y también a todos los fieles”. Uno debe ser un *fiel*, es decir, un *creyente*, para venir a la mesa del Señor. Se necesita ser un verdadero creyente para poder recibir consuelo y beneficio de esta mesa. El mandato es para mí y para todos los demás creyentes.

Cuando hablamos acerca del bautismo la última vez, vimos que la Palabra de Dios concede esta señal de Su pacto también a los infantes, quienes no tienen ningún conocimiento de lo que está sucediendo, y que son hijos de Adán e hijos de ira por naturaleza. El bautismo infantil es administrado a los hijos de los creyentes sin tomar en cuenta lo que está sucediendo en sus pequeños corazones. Con la Cena del Señor, el asunto es diferente. Esto pueden entenderlo sin dificultad. Cuando el Señor dice: “Recuérdeme”, entonces debemos conocerlo, ¿no es así? Solo podemos recordar a alguien que ya hemos conocido. Así que, ¿cómo puede alguien venir a la Mesa del Señor para recordarlo si nunca ha llegado al conocimiento de Cristo? ¿Cómo puede sentarse allí alguien que carece de ese conocimiento experimental y salvador de esa bendita Segunda Persona? Debemos conocerlo primero. La fe debe ser dada, y la fe tiene que ejercitarse para poder recibir algún fruto de esta mesa.

Habiendo escuchado esto, un alma preocupada ahora podrá decir: “Entonces no puedo venir a la Mesa del Señor, entonces me es imposible sentarme allí, porque no Lo conozco”. Si eso en

realidad es el caso, no debería darle descanso. Debería instarle a escuchar atentamente la palabra predicada y también los testimonios del pueblo de Dios. Si usted no conoce a Cristo, entonces puede ir a un hijo de Dios y preguntarle: “Por favor, hable conmigo acerca de Él. ¿Por qué es tan precioso para usted? ¿Qué tiene usted que a mí me falta, y cómo puedo llegar a conocerlo?” Más que todo, debería llevarle de rodillas en su cámara privada. Huya al Señor y clame ante Él: “¡Oh Señor, atraeme a ti, para que en pos de ti corra!”

Amado amigo inconverso, si usted solo tiene un derecho eclesiástico pero ningún derecho divino, entonces no tome el pan de los hijos. En cambio, avergüéncese de sí mismo y pida por una verdadera hambre espiritual. Que el Señor le conceda la apertura de ojos y la instrucción de lo alto para que se vuelva tan feliz como lo son los hijos de Dios. No permanezca en casa cuando se administra la Cena del Señor. Si usted mira lo que está sucediendo, podría guiarle hacia su bienestar eterno. Una flecha podría dispararse de ese divino arco y entrar en su corazón. Oh, si usted realmente ve la porción bendita del pueblo de Dios, podría volver a casa llorando: “¡Oh Señor, ahora veo lo que me falta!” Espero que haya tales en nuestro medio quienes digan: “¡Me falta todo! ¿Hay aún esperanza para tal miserable? El pecado se ha vuelto amargo para mí y la Palabra de Dios es mi alimento y bebida, pero permanezco tan ignorante. A veces mi corazón anhela a Cristo, pero no me atrevo a decir que lo conozco”.

Si esa es su lucha, entonces vayamos juntos a la siguiente parte de la respuesta a la Pregunta 75. El Señor no solo ha *mandado* algo, sino que también *promete* algo. La Cena del Señor no es solo un tiempo para *recordar*, sino también un tiempo para *abrazar* y ser fortalecido.

Segundo pensamiento. Un tiempo para abrazar.

La Cena del Señor no es principalmente algo que *los hijos de Dios* hacen, por ejemplo, como una manera de confesar su fe; más bien, es algo que proviene *del lado de Dios*. Es un lugar donde el Señor se acerca con sus promesas. La primera promesa mencionada en la respuesta a la Pregunta 75 es: “que Su cuerpo ha sido ofrecido y sacrificado por mí en la cruz, y Su sangre derramada por mis pecados, tan cierto como que veo con mis ojos que el pan del Señor es partido para mí y que me es ofrecida la copa.” Hay otra promesa, pero dejémosla a un lado por el momento.

Así que, aquí está un pecador perdido, un pecador que ya no puede vivir sin Dios, un pecador que tiene un conocimiento experimental de su miseria; sí, un pecador que anhela a Cristo, pero no sabe adónde ir. Entonces el Señor viene con una mesa. ¿Qué hace el Rey en esta mesa? Él asegura a este pecador de corazón quebrantado que participa del sacrificio de Cristo.

Se necesita estar perdido para recibir ese consuelo y seguridad. Si usted no está perdido, no hay nada deseable en esta mesa. La mesa del Señor no es para las personas que tienen una alta estimación de sí mismas, sino para aquellos que están tan perdidos que solo pueden ser salvos

por la sangre de Cristo. Están afligidos por causa de sus pecados y sienten algo de la ira santa de Dios. Para tales, Jesús se vuelve indispensable. Para tales personas, las promesas del evangelio se vuelven muy preciosas.

Nuestro Catecismo habla acerca de esas *promesas*. Esto no es sin razón. Una fe verdadera y salvadora busca al Señor Jesús en las promesas del evangelio. Toma un lugar bajo, el de una criatura digna del infierno, pero también tiene hambre y sed de aquel que es el Pan de Vida. Lo busca en su Palabra. ¿Hay personas entre nosotros para quienes esto no es un lenguaje extraño? Ah, tan a menudo usted lucha con la pregunta: “¿Es en realidad para mí?” Tiene un respeto tan profundo por el Señor y su Palabra, por esa mesa y por el pueblo de Dios, pero se pregunta cómo podría eso ser jamás para un perro muerto como lo es usted. La Biblia dice que un perro vivo es mejor que un león muerto, pero usted se considera un perro *muerto*. Se siente indigno de un lugar entre los hombres y, aún más, entre los hijos de Dios.

¡Escuchen! En la Cena del Señor, le agrada al Rey presentar el pan de los hijos aun a tales perros. Él dice: “Tan ciertamente como ves este pan partido, así de cierto mi cuerpo ha sido quebrantado por ti”. ¡Miren! ¡Vean ese pan cuando es partido! Les dice algo. Consideren la copa cuando es levantada y el vino es vertido. El Señor dice: “Tan ciertamente como este vino fluye, así de cierto ha sido derramada Mi sangre para purificarte de todos tus pecados”. Sí, el Señor se acerca aún más. La copa es distribuida y puesta en la mano del comulgante. Él puede tocarla, y el Señor les dice a todos ellos: “Gustad y ved que yo soy bueno por un pueblo malvado”.

¡Qué mesa tan especial, congregación! Allí le agrada al Señor encontrarse con Su pueblo y morar con ellos en unidad. Allí un gran y glorioso Dios se inclina para abrazar a una criatura pecaminosa. Allí el Esposo se encuentra con Su esposa para asegurarle, por medio de comida y bebida, que le ha perdonado toda su prostitución y adulterio espirituales.

Cuando las personas en Nigeria tienen una discusión entre sí y el conflicto ha sido resuelto, a menudo confirman su amistad renovada comiendo juntos. Esto muestra que la paz ha sido restaurada. No se trata solo de un *sentimiento* de paz, sino de un *estado* de paz. Todo ha sido quitado del camino.

Pueblo del Señor, si han sido traídos a esta mesa, el Señor quiere asegurarles que el tratado de paz ha sido firmado. Sus ojos han sido abiertos para ver la brecha entre Dios y su alma, y para llorar por el hecho de que, en el Paraíso, levantaron armas contra su Creador. Han sido llevados a clamar por paz y a preguntarse: “Oh, ¿cómo jamás podrán estar bien las cosas entre Dios y mi alma?” El Señor les ha mostrado algo de Aquel que es el Príncipe de Paz, quien vino a ponerse en esa brecha como el Mediador perfecto. Oh, cuando pueden contemplarlo, hay momentos en que se regocijan en Él y reciben un poco de esperanza para su alma, y, sin embargo, son sacudidos de un lado a otro. Por dentro dicen: “¡Oh, pero si no es verdad...!” Sienten un hueco

profundo en su interior y anhelan saber que Dios es su Dios, que Él es un Juez reconciliado y su Padre misericordioso. ¿Dónde deben ir para hallar alivio?

El Señor ha preparado una mesa para ustedes. Él dice: *“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28). Él quiere asegurarles que el caso ya ha sido resuelto, de una vez y para siempre. La paz ha sido obtenida por la sangre de Cristo. Es más que un *sentimiento* de paz; es un *estado* de paz. Tiene su origen en el consejo eterno de paz. El Señor dice: *“Como juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra, así he jurado que no me enojaré contra ti ni te reñiré. Porque los montes se apartarán y los collados vacilarán, pero no se apartará de ti mi misericordia ni el pacto de mi paz vacilará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti”* (Isaías 54:9-10).

Congregación, cuando el Señor perdona, entrega un perdón completo y perfecto; sin embargo, los hijos de Dios no pueden simplemente aferrarse a ello. Pueden tambalearse tanto, y necesitan oírlo del Señor mismo. Claman: *“Di a mi alma: Yo soy tu salvación”* (Salmo 35:3). *El Señor* ya no recuerda más los pecados que ellos han cometido, pero *ellos* sí los recuerdan. Nunca pueden olvidar lo que han hecho. “¡Ay de mí, que he pecado tan gravemente! ¡La corona se ha caído de mi cabeza!” Recuerdan su pasado pecaminoso y sienten su corazón inclinado al mal. Saben que nunca mejorará en ellos, pero precisamente por eso el Señor ha preparado para ellos Su mesa y hace que Su copa rebose. Él quiere fortalecer su fe, abrazarlos en amor y consolarlos en medio de toda su lucha.

Es solo un pequeño trozo de pan y un sorbo de vino lo que reciben. Alguien desde afuera podría decir: “¿Eso es todo?” Por fuera, no hay nada atractivo en ello; sin embargo, se vuelve muy especial para un pecador que tiene hambre de Dios. Cuando se derrama luz sobre ese pequeño trozo de pan, se vuelve tan grande para el pueblo de Dios; es una bendición indescriptible que el Señor se acerque a ellos para darles una muestra de Su amor y favor. Ese pequeño trozo de pan no es solo una señal, sino también un sello. No es solo una muestra del amor de Jesús, sino también una prenda de Su fidelidad. Oh, el Señor puede usar este sacramento para llevarlos a la seguridad bendita de que no solo otros, sino también ellos, han recibido el perdón de pecados y la vida eterna. Entonces se hunden en adoración. Ese pequeño trozo de pan, ese sorbo, cobra tanto significado. Es un voto del Dios Todopoderoso: *“No te dejaré ni te desampararé”* (Hebreos 13:5).

Congregación, cuán bienaventurados son aquellos que son invitados a la mesa del Rey y pueden oír de Sus labios: *“Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido”* (1 Corintios 11:24). Entonces se cumple: *“Irán de poder en poder; verán a Dios en Sion”* (Salmo 84:7). La celebración de la Cena del Señor es ciertamente un tiempo para recordar, pero también un tiempo para abrazar. Es un tiempo en que el Esposo viene a alegrarlos con un beso de amor, y

un tiempo en que, de su lado, ellos pueden abrazarlo. Oh, ¿quién no sentiría envidia de personas tan bienaventuradas? ¿Quién no clamaría al Señor: “Oh, hazme tan feliz como lo son ellos”?

Vengan, cantemos acerca de ese gozo del Salterio 53, estrofas 4 y 5.

* * * * *

Tercer pensamiento. Un tiempo para tener comunión.

En la Pregunta 75, se plantea: “¿Cómo te asegura y confirma la Santa Cena que eres hecho participante de aquel único sacrificio de Cristo, ofrecido en la cruz, y de todos sus bienes?” Ya hemos considerado una parte de la respuesta. Hemos oído acerca de un tiempo para recordar y de un tiempo para abrazar; sin embargo, hay un tercer punto. El Señor añade otra promesa. Él promete: “Y segundo, que Él tan cierto alimenta mi alma para la vida eterna con Su cuerpo crucificado y con Su sangre derramada, como yo recibo con la boca corporal de la mano del ministro el pan y el vino, símbolos del cuerpo y de la sangre del Señor.”

Estas palabras se encuentran en la respuesta a la Pregunta 75. La respuesta a la Pregunta 76 procede entonces a explicar qué significa comer el cuerpo crucificado y beber la sangre derramada de Cristo. Significa tener comunión con Cristo. Finalmente, la Pregunta y Respuesta 77 nos dicen dónde Cristo ha prometido todas estas cosas. En resumen, la Cena del Señor es un tiempo para tener comunión: no solo para recordar, no solo para abrazar, sino también para tener comunión con Cristo y Su pueblo. Hay una tierna unidad entre los hermanos y hermanas de una misma familia. Hay unión y comunión dentro del cuerpo de Cristo. Hay una íntima y dulce comunión entre todos aquellos que han recibido esa misma preciosa fe. Pero por encima de todo, hay comunión con el Esposo de la Iglesia —con Aquel que es el más hermoso de los hijos de los hombres, blanco y sonrosado, el señalado entre diez mil (Cantares 5:10). La Cena del Señor es un tiempo de comunión con Aquel de quien todo es hermoso.

Por lo tanto, es imposible comparar la Cena del Señor con un almuerzo que se comparte después de un funeral. Cuando alguien es enterrado, a menudo los familiares y otros se reúnen en la casa o en la iglesia para compartir una comida. Mientras participan de esta comida y bebida, piensan en el ser querido que ha fallecido. No es un tiempo para compartir las últimas noticias ni para renovar antiguas amistades. Al venir de un funeral, nos enfocamos en un ser querido que ya no está entre nosotros. Sin embargo, cuando el pueblo de Dios se reúne alrededor de la mesa del Señor, recuerda a Aquel que murió, pero que ahora vive para siempre. Tiene comunión con su Hermano Mayor, que resucitó de entre los muertos y ahora está sentado a la diestra del Padre.

Sucedió una vez que una hija de Dios en las tierras altas de Escocia se dirigía a un servicio de comunión. Era un tiempo de feroz persecución, por lo que el pueblo de Dios tenía que reunirse

en los bosques para escuchar la Palabra de Dios y proclamar la muerte del Señor. Esta querida mujer se topó con un punto de control en el camino y fue detenida por los soldados del rey. “¿A dónde va?”, le preguntaron. “Ah, señor,” le dijo a un soldado de aspecto severo, “nuestro Hermano Mayor ha muerto, y ahora tendremos una reunión familiar donde se compartirá la herencia”. El soldado no entendió lo que quiso decir y le permitió seguir su camino. ¿Dijo la verdad? Sí, la dijo. Incluso nuestros hijos entenderán que ese Hermano Mayor era el Señor Jesús y que la herencia significaba compartir Su carne y sangre en la Mesa del Señor.

El tiempo de la Cena del Señor es un tiempo para recordar y un tiempo para abrazar, pero es más que eso. El Rey de la iglesia no está muerto. Él es un Salvador vivo. Está en medio de Su pueblo por el poder de Su Espíritu Santo. Él prometió que donde dos o tres estén reunidos en Su Nombre, Él estará en medio de ellos. El Señor Jesús ha hecho algo *por* Su pueblo, pero también hace algo *en* Su pueblo. Él vela por ellos cuando se sientan para comer y cuando se levantan para seguir su camino. Él dice: *“Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”* (Mateo 28:20).

Así, la Cena del Señor es un tiempo de dulce comunión. Cuando la fe está en ejercicio, el pueblo de Dios puede abrazar los sufrimientos de Cristo con un corazón creyente, pero también puede tener comunión con Él. Él prometió: *“El que a mí viene nunca tendrá hambre”* (Juan 6:35). Cuando la fe se aferra a la obra cumplida de Cristo, habrá satisfacción espiritual. Los participantes podrán experimentar la cercanía del Señor, el amor insondable del Esposo y el dulce poder de Su sangre.

A veces llamamos a esto “la unión mística con Cristo”, mística no porque sea algo totalmente subjetivo. No se trata de sentimientos forzados ni de visiones extrañas. Está basada en la Palabra de Dios y es concedida por el Espíritu Santo. Se le llama “mística” porque es un gran misterio. Es algo tan profundo e íntimo que no se puede comparar con nada más. Está escondida de los sabios y enseñados, pero es revelada a los niños. Es una unión cercana con Cristo. Juan Calvino dijo: “Por la experiencia de mi alma sé más de esto de lo que mi mente puede aclarar”. Es difícil expresar en palabras, pero es algo real.

Es tan real que la Biblia llama a los hijos de Dios “carne de Su carne y hueso de Sus huesos” (Efesios 5:30). ¿Qué puede ser más cercano que eso? Cristo es la Cabeza y ellos son el cuerpo. Forman una unidad; hay comunión. Por supuesto, esto no debe entenderse en un sentido material. Es algo espiritual, pero eso no lo hace menos verdadero. Es más que una metáfora. Comer el cuerpo crucificado y beber la sangre derramada de Cristo significa no solo tener hambre y sed de Su justicia, ni solamente apoyarse en Su obra terminada, sino también ser unidos a Cristo y alimentarnos de Él. Eso es lo que significa. El Señor Jesús mismo hace Su morada en el corazón por medio de Su Espíritu.

Niños, ¿qué sucede cuando comen? Ustedes toman la comida, y esa comida comienza a difundirse por su cuerpo a través de la sangre de sus venas. Se vuelve parte de su cuerpo, parte de ustedes mismos. Así también es en la vida espiritual. Cuando Cristo se une a Su pueblo pobre y necesitado por medio de Su Espíritu, Él se vuelve parte de ellos. Esa no es nuestra propia obra. El Catecismo dice que *somos* unidos y que *somos* alimentados. Es *Su* obra. Puede suceder bajo la predicación, o puede suceder en lo íntimo de nuestra habitación, pero, de una manera especial, ocurre en la Mesa del Señor. Sucede conforme a la medida en que Dios da la fe y la hace ejercitar. Siempre es algo maravilloso cuando se puede experimentar y practicar esa comunión íntima con Cristo.

¿Qué dice nuestro Catecismo al final de la Pregunta 77? “*La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?*” (1 Corintios 10:16). Para decirlo sencillamente, el Espíritu Santo acerca al pecador y la mano de fe se impone sobre el Cordero. Entonces hay una unión tan estrecha e íntima que solo podemos tartamudear acerca de ella. Es más fácil experimentarla que describirla. Pidan al Señor que se la dé de lo alto. Alguien que conoce esto por experiencia sabe mucho más que alguien que ha leído veinte libros sobre ello y puede explicarlo todo en su orden. ¡Oh, qué maravillosa comunión es esa! ¡Él es tan puro, ellos tan impuros! ¡Él es tan grande, ellos tan insignificantes! ¡Él está en el cielo, ellos están en la tierra! Quizá usted pregunte: “¿Cómo es posible que ellos tengan tal comunión?” Es por el Espíritu Santo. Ese Espíritu mora en Él como la Cabeza, pero también en ellos como miembros de Su cuerpo.

Estas son las primeras cosas que escuchamos en nuestro Catecismo acerca de la Santa Cena. Más cosas vendrán en los próximos Domingos. Si el Señor quiere, esperamos prestar nuestra atención a ello en su debido tiempo. Que ahora volvamos a casa con la pregunta: “¿Conozco yo algo de ello? ¿Conozco algo de esa comunión y maravilloso amor?” Si tiene que contestar esa pregunta de forma negativa, entonces en realidad no conoce lo que significa el amor. Entonces usted es tan pobre y su condición tan deplorable. Podría ser un miembro de la iglesia que participa de la comunión y carecer de esa comunión. Incluso eso es posible. Oh, escudriñemos nuestros corazones e investiguemos nuestras vidas porque podríamos tener una forma externa y carecer de la esencia. Podríamos ser como la iglesia de Sardis. Ellos tenían nombre de que vivían, pero estaban muertos. Nadie lo veía. Ni siquiera ellos se dieron cuenta de ello. Estaban satisfechos consigo mismos, pero el Señor dijo: “*Estás muerto*” (Apocalipsis 3:1).

Oh congregación, ¡oren por esa vida de gracia! Hemos oído algo de ella ahora. El bautismo es el sacramento del nacimiento. Nos muestra que los pecadores *deben* nacer de nuevo y que *pueden* nacer de nuevo; sí, que los pecadores *nacerán* de nuevo. Entonces son agregados a la iglesia y reciben un lugar en la familia de Dios. Oren por esa vida. Si usted debe decir: “No puedo venir a la Mesa del Señor”, entonces ruegue al Señor que le dé lo que necesita. Bienaventurados son aquellos que tienen hambre y sed de la justicia de Cristo. Ellos serán saciados con las bendiciones

de la salvación y con toda bendición de lo alto. No pierdan el ánimo. Quizá su corazón le diga: “Es imposible. Tus pecados son demasiados. Te has endurecido demasiado y sigues siendo alguien duro de corazón; y parece que te sigues endureciendo”. No pierda la esperanza, sino extienda sus manos hacia Él y suplique al Señor vaciarlas, y luego espere en Él. No hurte. Lo que ha sido robado tendrá que ser devuelto. Dios será glorificado en lo que ha dado, incluso si es solamente una migaja de ese maná, y su alma recibirá el consuelo de ello.

Querido pueblo del Señor, mientras más pobres somos en nosotros mismos, más rico se manifestará el Esposo. ¿No es así? Cuanto más lloramos nuestra oscuridad, más vemos en la mesa del Señor. Que Él nos conceda un anticipo de ese banquete celestial, de esa cena de bodas del Cordero, y que luego nos lleve a esa herencia eterna donde lo glorificaremos por los siglos de los siglos. Amén.

Salterio 32:4